

El Pasado En La Comprensión De Los Individuos Y Los Personajes

Luis Felipe Valencia Tamayo^{1(*)}

¹Universidad de Manizales

Resumen: El mundo que experimentamos toma tiempo en ser comprendido. De hecho, nadie puede decir que comprende la realidad a cabalidad. Sin embargo, el desarrollo de la mente humana pone en evidencia que no es preciso entender todo de lleno para hacerse a una idea de lo que experimentamos y mucho menos para aceptar la cercanía de los demás. Este es un ensayo en el que se quiere brindar una visión sobre esa notable fórmula de inclinación comprensiva entre los sujetos y también, bajo una línea muy cercana, la comprensión de los personajes en las historias que leemos o contemplamos. Palabras clave: historia, literatura, teoría literaria, creación de personajes, biografía.

Recibido: 18 de julio de 2024. Aceptado: 10 de diciembre de 2024

Received: July 18th, 2024. Accepted: December 10th, 2024

The Past In The Understanding Of Individuals And Characters

Abstract: The world we experience takes time to be understood. In fact, no one can claim to fully understand reality. However, the development of the human mind shows that it is not necessary to fully understand everything in order to get an idea of what we experience, much less to accept the closeness of others. This is an essay in which we want to offer a vision of this remarkable formula of understanding inclination between subjects and also, in a very close line, the understanding of the characters in the stories we read or contemplate.

Keywords: history, literature, literary theory, character creation, biography.

INTRODUCCIÓN

El tío Phil puede ser visto como un hombre exitoso. Hombre de leyes, es reconocido por su comunidad y amado por su familia. Su bonachona figura es también una forma de representarlo como una especie de Santa Claus o Papá Noel que derrocha un noble carisma y una dulce sabiduría. El respeto —buen respeto— aparece en las miradas de su familia, su esposa Vivian, su hijo Carlton y sus dos niñas Hilary y Ashley. Y, como su nombre lo indica, el tío Phil también nota el cariño, aunque extraño, que despierta y le tiene a su sobrino político, el joven Will.

En uno de los capítulos de la entrañable serie de televisión *The Fresh Prince of Bel-Air* (1990-1996) —conocida en Latinoamérica como *El príncipe del rap*—, el tío Phil es merecedor de un prestigioso homenaje por parte de un colectivo que quiere destacar tanto su labor jurídica como su vida en la sociedad de Los Ángeles. (Había olvidado mencionar que el tío Phil es afroamericano y que, de alguna manera, mostrarlo como un personaje digno de reconocimiento tiene un valor mucho más grande del que ya en sí mismo tiene.) Para ese homenaje en forma de premio, naturalmente, Phil también quiere que además de su círculo cercano que vive en su bella y amplia casa, su mamá y su papá vengan desde su viejo pueblo y lo acompañen. Pero la madre, Hattie, no solo trae el orgullo de querer ver a su hijo reconocido como un hombre de bien, sino que aporta al capítulo de la serie un matiz mucho más importante: las raíces de una historia¹.

Al personaje conocido como Philip Banks lo vemos muy férreo en su posición de padre y proveedor de una familia afroamericana a la que no se le nota que tenga que esforzarse mucho por vivir tan cómodamente. Los Banks tienen incluso a un mayordomo de origen británico llamado Geoffrey para subrayar aún más la alcurnia en la que ellos se desenvuelven. Y si bien sabemos que Philip es un abogado probo y de alto prestigio desconocemos sus verdaderos orígenes. Será Hattie quien nos dé un cómico retrato de su hijo en las charlas que tiene con el sobrino político de Philip, el indomable Will.

Al saberse reconocido, el tío Phil tiene un maravilloso brillo en los ojos que contagia con alegría a su familia. A Carlton, Hillary y Ashley, él los hace aprender de memoria, en una refinada exposición, cómo es que se han dado los momentos cumbre de su carrera. Se resalta allí, para una periodista que los visita buscando una nota sobre el homenajeado, el paso de Philip por Princeton, por Harvard y su ejercicio del Derecho en la prestigiosa firma Furth, Wynn & Meyer. Ante tan destacados momentos en la vida de Philip no queda más que el aburrimiento de la periodista, quien llama a su periódico para decir que no hay mucho qué contar del abogado afroamericano. Sin embargo, Will ya tenía conocimiento de lo que Philip ocultaba como origen. Gracias a Hattie, el sobrino sabía algo de la infancia de Phil, en su pueblo, con sus padres, en las humildes tierras de Yamacraw, Carolina del Norte. Al escuchar casualmente la llamada de la periodista, Will no tiene más remedio que darle a ella y a la historia que

¹ *The Fresh Prince of Bel-Air*. Temporada 1, capítulo 4: "Not with My Pig, You Don't". Emitido por primera vez el 1 de octubre de 1990. National Broadcasting Company (NBC).

ella iba a redactar los verdaderos rasgos de vida que le hacían falta al perfil del tío Phil.

Que el abogado no se crio en Baltimore, que no maduró en un camino de rosas, que pasó ciertamente dificultades, que sus padres trabajaron duramente para darle a su hijo el lugar que podían potenciarlo, que Phil pasaba el tiempo en los matorrales y en compañía de los cerdos en la cochera, que a pesar de la pobreza y de su raza negra él fue mucho más gracias a todo ello. Cuando la nota se publicó, el personaje también ganó hondura y, a la par, cierta grandeza. Sin embargo, esa misma publicación desató la furia del tío sobre Will, quien no caía en cuenta de que a su tío no le iba a gustar que le mostraran lo que él quiso meter bajo el tapete. No obstante, con todo y la rabia que experimentaba Phil, fue Hattie quien dio los verdaderos rasgos morales de la historia de su hijo. ¿De qué era lo que éste se avergonzaba?, ¿por qué y para qué mostrar solo lo que brillaba en su trayectoria? Una vida no es una suma de pináculos, una vida es una forma de enfrentar también el no saber muy bien por qué todo se da de la manera en la que se da.

En el acto final del capítulo que se ha reseñado aquí, Phil y su familia cenan en el recinto de su propio homenaje, en la compañía en otras mesas, además, de allegados, colegas y personas que, para el oficio, son extras. Hattie sigue enfadada. Tanto así que ha llevado su propia comida y su dignidad la mantiene allí para no hacer un desplante. No le dirige la palabra a su hijo, quien la ofendió con su veleidosa forma de ver su propia historia.

Pero llega el momento de las palabras del homenajeado y, para bien de la trama, de la salud del evento y de la sonrisa de la

madre, Phil deshace su discurso preparado y, en una versión más humana y emotiva, recuerda lo que ha sido su trayectoria gracias a sus esforzados padres, el campo, su Yamacraw natal y hasta el cerdo que, en aquellos tiempos, se constituyó en su mejor amigo.

II

Conocer o no el pasado de los personajes tiene toda una virtud moral para el desarrollo de las historias. Buena parte de las narraciones, en la literatura, el cine y la televisión, tienen “lo vivido” como un elemento funcional del que echar mano cuando se necesite. Si una historia ha tenido acogida para un público, no es extraño que se prolongue mirando hacia atrás, como quien al contemplar un árbol de su agrado se anima a imaginar sus raíces y su origen. Por lo demás, hay historias que saben jugar muy bien con lo que se desconoce de los personajes para que sean las primeras impresiones las que lleven la coordenada moral de los lectores y espectadores.

Uno de los guiones que —a medio camino entre la literatura, el teatro y el cine— mejor se ha valido de este último elemento es el de *Witness for the Prosecution* (1957). Billy Wilder, tomando la obra original de Agatha Christie, de 1933, dirige y amplía el relato de la escritora británica para cuestionar los valores en los que se da la defensa judicial de un hombre inocente y determinar, con un cierre altamente efectista, el valor de lo que se nos ha ocultado en el desarrollo de la trama. Vale la pena recrear rápidamente lo que la película nos cuenta.

El joven y elegante Leonard se ve envuelto en un tremendo lío de cuenta del asesinato de una mujer, muy mayor, a la que frecuentaba. El juicioso y sabio

abogado Sir Wilfrid, amante de la Ley y seguro de sus aseveraciones sobre el mundo, sabe que con Leonard se estará cometiendo una injusticia, pues las cosas no cuadran del todo en esa acusación en su contra, aunque testigos y hechos parecen ir en contra del joven. La defensa es una deliciosa representación de un tribunal en la que los más difíciles personajes se dan cita, tanto en la fiscalía, como en el jurado, el juez, los testigos y un público que asiste para entender lo que realmente ha ocurrido con la millonaria señora Emily French, la víctima.

En esta historia poco importa el pasado, los espectadores asistimos de lleno a la realización de las audiencias y nos vemos abocados a ir atando la personalidad del joven Leonard con la más que sensata defensa del jurista Sir Wilfrid. De la fallecida realmente sabemos lo que nos refiere su último amor, el mismo Leonard, y su ama de llaves. Del presunto asesino, solo sabemos que venía de ser buen amigo de la señora French y que sería su gran beneficiario ahora que ella no está.

Sin embargo, en la mitad del filme aparece la señora de Leo, una mujer de origen alemán con la que se hace digno de mención el pasado del acusado. El cruce de caminos entre los personajes nos había hecho confiar en el desarrollo del juicio sin apelar a ningún fragmento de lo que los interesados fueron, mas en este punto el guion explora el cómo, el cuándo y el dónde fue que apareció esta dama en la vida del joven británico. Se introduce, de ese modo, un relato que nadie pedía pero que nos ayuda a comprender la naturaleza tanto de Leonard como de Christine, la mujer de origen alemán que surge como esposa de aquél.

El pasado, en esta historia, se convierte aquí en una temporada muy especial —

además de la plasticidad que tiene en aras del desenlace— para la pareja, pues ha sido en el marco de la Segunda Guerra Mundial en el que él, como parte de la Armada real británica, conoce a la pálida mujer alemana a la que, de cierto modo, Leonard rescata de la vida que lleva en su país. Ahora, como esposos, el testimonio de Christine no puede servir de mucho para confirmar la inocencia del acusado. Lo que queda es confiar en la sagacidad del buen abogado litigante que enfrenta unas pruebas y unos testigos que se muestran muy seguros de la culpabilidad de Leonard. La trama, no obstante, nos tiene reservado un giro sinigual en el que Christine sube al estrado, pero como testigo de la fiscalía. En lugar de decir lo que podría defender a su esposo, la alemana se va en su contra con la que puede ser una nueva revelación de la “verdad”. Ahora Christine incluso relata que, la noche del crimen, su esposo, al llegar ensangrentado a casa, se vio obligado a confesarle que había matado a la señora Emily France. Naturalmente, se descubre, a la par, un nuevo pasado de la mujer en el que ella admite que es aún esposa de otro hombre en Alemania y que solo ha viajado a Inglaterra para huir de la posguerra. Al enterarse del crimen que había cometido Leonard se había resistido a la verdad, pero no pudo soportar más su situación y debía ser testigo del acusador contra su, ahora entre comillas, esposo.

Las historias continuamente nos hacen pasar momentos de consternación como este, pues los espectadores ahora asumimos que Christine miente y que Leonard está siendo acusado injustamente con el apoyo de la que ahora resulta ser su peor enemiga. En el modo en el que se plantea el relato, el filme, la obra, queda en manos del abogado buscar la manera de poner en evidencia la descarada mentira de la mujer y sacar

adelante la intuición, aún presente, de que Leonard es inocente. No quiero cometer el error de resumir aquí el desenlace del filme, pues si el lector ya lo ha visto recordará complacido lo que ocurre en él, y si no, pues ha llegado el momento de conectarse con uno de las mejores películas judiciales del siglo veinte. Aquí lo que me ha interesado plantear es el fenómeno de la funcionalidad del pasado para cortar, exponer, retratar, lo que pueda ser el desarrollo de una historia y cómo, en esa misma funcionalidad, todo relato, novela o filme se puede arreglar o dañar en la mención de las cosas que nos hacen falta desde la perspectiva del pasado de los personajes. No son ellos jugados por el tiempo, somos nosotros, los espectadores y lectores, quienes vivimos las consecuencias de una revelación que pone en entredicho nuestra percepción del presente a la luz de lo que “realmente” ha ocurrido en el pasado.

Casi que de manera simultánea, en la vida real también es muy habitual hoy que se mancille el buen nombre de las personas por el “descubrimiento” de una sombra, algunos pecados, la transgresión de lo que se ha sido y de la imagen que se brinda a los demás. Las campañas políticas y los medios de comunicación saben muy bien de los entresijos de este tipo de dinámicas que insertan oscuridad desde lo que aconteció, se hizo o se dejó de hacer.

III

Uno de los procesos mentales que mayores dolores de cabeza genera en la comprensión de los seres humanos, y también en su simple interacción, es el de la inmediatez de los prejuicios. Difícilmente podemos librarnos del poder de las buenas y de las malas impresiones. En el engranaje de nuestro pensamiento,

los prejuicios son como un abre bocas de que el infierno se realiza aquí en la Tierra. Con una confianza inigualable, nos casamos con una idea de los demás de la que escapar se hace doloroso. Hay cierto gusto en el hecho de confiar en que nuestra idea es válida y que no vale la pena reconsiderarla.

Cuando nos enfrentamos al desconocido que nos aparece en el camino, lo primero que valida su cercanía es que “nos parezca” buena persona, que sus maneras sean “adecuadas”, que su raza no “nos parezca” peligrosa y que sus apariencias lleguen a buen grado de compenetración con nuestros sentidos. Si alguien huele mal, por ejemplo, nuestra mente no se va con atajos para suponer que estamos equivocados; todo lo contrario, la alarma irrumpe para desatar un juicio sobre la necesidad de alejarse. Pero, más allá de esos detalles, que en su elocuencia no van en detrimento de lo que debe analizarse con mayor profundidad desde la psicología y la neurociencia, lo cierto es que también nuestra mente logra bordar rápidamente una historia sobre el pasado del otro en la sola impresión de algunas referencias.

Si en la construcción de unos personajes se plantea, en la escritura y en la imagen, que ellos proceden de algún lugar, de inmediato la mente faculta algún prejuicio. A falta de mayor conocimiento o, mejor aún, en respuesta al desconocimiento, el otro se hace un sujeto histórico que resulta consecuencia de algunos elementos que no tenemos que analizar completamente.

Basta alguna leve información en la crianza —tanto en la casa como en la escuela— para que tengamos ya un “por ende” que nos facilite la vida. Por ejemplo, si se dice que una persona ha venido de un pueblo que —tenemos el escaso

dato— es afro, “por ende”, debe ser un negro que ha surgido de los siglos de barbarie de la esclavitud. Rastrear el pasado del personaje, tanto cercano como lejano, pasa por una casi irrefutable solución. Piénsese del mismo modo en la mención de un personaje cristiano o judío, musulmán o budista, nuestra mente reduce la mirada sobre el ser humano a una parcela mucho más específica en la que se haga “comprensible” lo que ese personaje puede representar.

Uno de esos elementos, con mayor preponderancia en la literatura y el cine reciente ha estado ligado a la caracterización del personaje judío y del personaje nazi. En las palabras se contiene mucho más que un concepto histórico; allí se asienta toda una forma de comprender las dimensiones de lo humano y lo inhumano. Pero, como se puede incluso contrarrestar, esto ha servido también para darle a nuestros prejuicios un toque de arrogancia sobre cómo nos vemos y vemos a los otros.

El asunto es que los prejuicios no se desarrollan porque sí. Mucho menos podemos decir que el interés de la educación sea el de validar los prejuicios. Para bien o para mal, la evolución ha tomado una ruta tan simple para ahorrarnos energía en la valoración de los demás. La vida (corta o larga, como se quiera pensar) consiste en realizar biológicamente algunas cosas que, al pensarse, solo nos abonan el imperio del milagro o del absurdo de la existencia. Llegamos a la vida y en un fragmento de historia en el tiempo luego desaparecemos; algunos tienen la fortuna de ver crecer su prole y cargarse de recuerdos buenos y malos alrededor de ella; otros no duran mucho más que una niñez y, en el absurdo, se van dejando nostalgia en algunos mayores. Es en ese tiempo donde la mente se va atando a

prejuicios que previenen, estimulan y, por supuesto, nos engañan.

Sería muy bueno poder decir que la estrategia evolutiva de los prejuicios nos lleva a una comprensión mayor de la historia y del mundo presente, pero no es así. Como se ha dicho, ellos solo buscan ahorrarnos el trabajo de pensar todo el tiempo con qué intenciones vienen los demás, pero ese ahorro de reflexión está sujeto, a veces, a dulces consecuencias, y otras muchas veces, a terribles resultados. A medida que cada uno avanza en la vida va poniendo en su propia estantería los conceptos que le facilitan esa interacción con los demás. Negro significa esto; blanco significa esto otro; judío viene a significar aquello; ateo representa esta idea. Así las cosas, todos estamos dotando de sentido lo que los demás son en el juego del paso del tiempo y el sentido de sus historias.

Los colombianos, por ejemplo, han tenido que vivir la consecuencia de una desconfianza extrema en múltiples lugares del mundo de cuenta de lo que ha sido la sobreexposición de los pecados de sus hombres mafiosos, sus mujeres sensuales y sus arrebatados jóvenes sicarios y violentos. ¿Pero es eso ser colombiano? Cuando se toma conciencia de la respuesta, se comprende que esa dimensión con la cual el concepto “colombiano” se ha vendido se ha ligado a un prejuicio con el que la solución es: “hay que desconfiar”. ¿Y qué podemos hacer para que no se piense así de los colombianos? Difícil tarea, si se me ha entendido bien cómo es que los prejuicios se mezclan en la historia como un parche pegado sobre la tela. Una vez más, el error de disposición deja expuesto que no nos basta con que la mayoría de los colombianos sean en realidad personas trabajadoras y amables, mientras un par,

en un titular de noticias desajusta lo que hacen millones. Esa misma mente que se ve afectada por un accidente aéreo y piensa que es peligroso viajar en avión (un error de disposición de muy fácil apreciación para todos) no ve que casos contados no son la mejor manera de guiarse en la comprensión de lo que ocurre en el mundo. Pero, para la mente, esos casos contados son como un dulce que entretiene y ahorra mayores reflexiones.

El individuo que llega ante nosotros, en la realidad, en la literatura, en el cine, no es un simple ser al que debemos dotar de contenido; su sola aproximación, caracterización y fachada nos brinda una imagen con la que es nuestra mente la que completa lo que no vemos. Cuando un actor debe personificar un tipo de hombre o de mujer lo que hace es estudiar el registro de esos rasgos típicos con los cuales es mucho más sencillo que el espectador, al ahorrar tiempo, le dé sentido al personaje. Y así somos realmente en la vida cotidiana, en un juego incesante de máscaras (personas) y expectativas.

IV

Las historias personales están, en múltiples modos, atravesadas por la dignidad o indignación que los demás quieran ponerles. Atados a irracionales modelos de percepción, con filtros que superan la esencial disposición de la condición humana y la noción de que todos, en últimas, somos solo invitados a convivir, sopesamos la vida de los demás bajo una lente que articula su pasado. Cornel West, en su conmovedora exposición ensayística de lo que es la raza, logró evidenciar lo que representaba para él ser visto por los demás, llegar a las calles de una gran ciudad y verse

percibido como un afroamericano, como un negro. La visión de otro planeta, la vehemencia de sentirse apabullado en el transporte, en el andén, de sentir que la decencia se perdía y que nada podía compensar sus desconocidos errores se convertían rápidamente en heridas que, a no ser por la cultura y una visión alternativa de la existencia, terminarían degradándolo a un ser humillado, ofendido, vengativo, perdido para la sociedad a la que, afortunadamente, ha iluminado con sus reflexiones. Otro poco ha hecho recientemente Ta-Nehisi Coates en su breve y contundente ensayo-carta-testimonio llamado *Entre el mundo y yo* (publicado originalmente en 2015) al hacer de su escritura un intento de exploración de su historia personal, la historia social y el devenir para un hijo, su hijo, lector del mañana. Parece redundar en los textos el deseo de ser tomado en cuenta, percibido como un sujeto que, como todos, apenas si logra entender lo que sea la vida, pero, también como todos, con el propósito de querer vivir y hacerlo en tranquilidad. Mas la redundancia desaparece cuando nos percatamos de que parece que nadie ha querido escuchar y que se repite todo ante los oídos sordos.

Hay un capítulo de *El príncipe del rap* en el que podríamos proyectar una vez más lo que tanto West como Coates han querido invocar en sus ensayos. El tío Phil y su esposa Vivian han viajado con sus amigos a un club de descanso, tradicional entre familias de clase alta. Carlton, su hijo, decide ir por su propia cuenta para, además, llevar el automóvil de uno de los amigos de Phil hasta el club, pues los mayores han viajado en helicópteros, pero allá necesitarán sus carros. Sin embargo, Carlton no contaba con que su primo Will se colara en el vehículo y que, en medio del viaje, le apareciera por la espalda como un Freddy Krueger. Todo iba bien,

en todo caso, hasta cuando los detiene la policía y, como se puede sospechar, los dos jóvenes negros, sin documentos que demuestren quiénes son y por qué van en un auto de lujo, son detenidos y encarcelados como sospechosos de robo, no solo de ese auto en particular, sino de varios carros que han sido hurtados a sus dueños. ¿Quiénes más pueden ser los responsables que un par de negros seguramente peligrosos?².

Bien sabemos que, para fines de la comedia, este caso podía tener muchos tintes entre los policías y los supuestos ladrones, pero la base argumental de esta breve historia es la misma de la que parten y han nacido tantas otras novelas, historias y reflexiones. La historia se supone por lo que en la mente brota como conexión con el pasado personal de lo que vemos, no por el conocimiento que realmente tengamos de quiénes sean los otros. Para el cierre de este capítulo de *El príncipe del rap* todo se aclara gracias a que se articulan los elementos que permiten sacar en limpio a Carlton y a Will. Las risas salen a flote y nos vemos en el siguiente capítulo. Pero las historias cotidianas no funcionan así y se cuentan por centenares las víctimas de este tipo de atribuciones entre policías y afroamericanos gracias a una radicalización de los prejuicios entre unos y otros. Los supuestos históricos nos dejan notablemente expuestos a todo tipo de consecuencias. La comedia es solo un rasgo que quisiéramos mantener entre nuestras líneas de reflexión, pero qué lejos hemos estado de que todo termine como en aquel capítulo de la serie.

Y si se profundiza aún más, el problema no para ahí. El tío Phil y la tía Vivian,

Carlton, Hilary, Ashley y Will, todos, hasta el mayordomo, resultan presas de sus insulsos prejuicios. (Como todos también aquí, como usted y yo, querido lector.) Cada nuevo personaje trae nuevos apuros en la mirada de los miembros de la familia. Will supone muchas cosas de su tío, y éste cientos de cosas más de su sobrino. La historia personal de Geoffrey, el mayordomo, nos hace pensar en cosas que no creeríamos que hicieran parte de su origen ni de su profesión, como británico y como sirviente, y sin embargo lo vemos también salirse de su posición para replantearse en lo cómico y en lo no tan cómico. Es en la comprensión de estos factores en donde nos encontramos nosotros continuamente apremiados a entender nuestra propia condición de seres humanos, de padres, hijos, hermanos, entre otras variantes de nuestros roles. Cómo se desprenden desde allí los prejuicios de los demás es algo que escapa a nuestra vista. Ya quisiéramos, como en un sano deseo, entender realmente cómo es que somos percibidos, cómo se nos juzga (o prejuzga).

Lo que resulta fundamental es el entendimiento de que una serie de ficciones establecen esa mediación entre nosotros y los demás bajo el camuflaje de una versión serena y bien construida del pasado de todos. Como base para establecer algunas expectativas suena siempre muy agradable confiar en que los demás se comporten como creemos que se han comportado de acuerdo a lo que sabemos o se nos ha enseñado a percibir en sus rostros o maneras. Pero como modelo de interacción resulta simplemente un elemento bastante limitado de lo que sea la realidad. Para

² *The Fresh Prince of Bel-Air*. Temporada 1, capítulo 6: "Mistaken Identity". Emitido por primera vez el 15 de octubre de 1990. National Broadcasting Company (NBC).

bien o para mal, es así. La intuición se afianza en lo que también la cultura y la familia remarquen como modo de comprender al distinto. De todas maneras, a diferencia de lo que ocurre en la vida, las ficciones —estas sí en la literatura y en el cine— pueden ser mucho más apropiadas para deshacer este engaño en el que la mente suele afianzar su punto de apoyo.

Las historias que hoy se narran con perspectivas abiertas a la indagación sobre las razas, los géneros, los distinciones y complejidades de la vida sexual de las personas, son, a la larga, intentos elaborados de dar cabida a pensamientos alternativos. Esto hace que uno de los problemas fundamentales en el quehacer de la narrativa contemporánea sea el de la identidad. ¿Quién es quién y cómo se asume? Novelas, obras de teatro, películas y series se manifiestan hoy en una perspectiva generosamente abierta para que los lectores y espectadores dialoguen de otra manera con su imaginario y sus intuiciones (prejuicios) sobre lo propio y lo extraño.

Aunque ya no es extraño —pero no dejará de sorprender e impactar a muchos—, las historias en las que se expone la heroicidad de quien se asume en una sexualidad distinta, en un país distinto, en una historia para la que no fue concebido desde la política, el arte o la misma religión, son historias que cuentan con catálogos incontables de títulos y de autores por explorar. Un ejercicio superior a nuestra comprensión básica del fenómeno que aquí he querido compartir sale a la luz en artículos y revisiones a los que cada vez es más difícil dar abasto. Sin embargo, en el trasfondo de la literatura y el cine que surge en la estantería sobre, por ejemplo, las características de lo LGBTQ+ también chispea la incógnita de si el público general se acerca a sus

historias o si se trata, más bien, de un fenómeno en el que, como ocurre con los fanáticos de un tipo de música, todo se consume entre los mismos miembros de la comunidad que concibe sus propias historias.

De esa misma valoración, ahora, se desprende que, en muchas ideas literarias, narrativas y de películas, se denuncie la falta de consideración sobre estos aspectos o el hecho de que se narre desde una perspectiva abiertamente dispuesta a atacar los, llamados, valores tradicionales. El fenómeno viene siendo establecido desde historias que retoman escenarios antes representativos de una noción de familia, maternidad, pareja, hombría, feminidad, entre otros y se estrenan para el público general. La marca Disney, para no ir muy lejos, ha ido poniendo en aprietos la recepción de sus películas por querer ampliar en sus catálogos la visión sobre los jóvenes y sus diversos modos de entenderse en pareja.

La transgresión —que irónicamente es parte de la apertura a los nuevos enfoques de género y de raza— se cobra en la crítica y en las taquillas, pues aún se siente que el público en general no logra conectar con los imaginarios de historias en los que se normalice lo que hace unas pocas décadas era considerado “anormal”, así parezca que todos —o al menos el sabor democrático de esta situación— están dispuestos a respetar y entender la diversidad.

Sin embargo, el asunto también puede ser entendido desde la suerte misma que corren las historias y el modo en el cual logran hacerse al cariño del público. En tal sentido, una película que busca la reivindicación de los derechos raciales o de las comunidades continuamente marginadas no tiene que ser acogida en sí

misma. Así como existen películas que recrean y subrayan el papel de los valores tradicionales y no gustan —en términos coloquiales, son malas películas—, pues tampoco se puede salvar todo simplemente por el tema o los asuntos que plantea. Aquí es donde, una vez más, la fuerza de las buenas historias y su poder de conectar con el público trasciende los valores que consciente o inconscientemente quiere revelar.

V

Expuestos como estamos a la tolerancia e intolerancia de nuestros principios —los de crianza, los de nuestra cultura, los de nuestras expectativas—, todas las historias reciben rasgos distintos en la sola percepción de los individuos. Esa comprensión subraya, aunque no nos guste, la fuerza de la irracionalidad sobre nuestra forma de acercarnos al otro. Y si bien todo se puede contemplar gracias a los espejos que tienden las historias narradas en el cine, la televisión y la literatura, hace falta ir un poco más lejos y atreverse realmente a pensar lo que significa pensarnos a través de los otros.

En buena medida, los seres humanos solemos ajustarnos a comportamientos que desdibujan un logro llamado “pensamiento consciente”. La ética, en ese mismo matiz, suele ser un lugar al que aspiramos, pues los rasgos de nuestra evolución cerebral son mayoritariamente parte de un entramado de escasez, miedos, ambiciones y competitividad de la que es difícil deshacerse. Basta cualquier mínimo detonante para que, en general, los seres humanos sucumbamos ante estados de alerta e inconsciencia que nos dejan a merced de un piloto automático que funciona como si aún anduviésemos en las estepas. Con esa sutileza, los prejuicios abundan y nos apabullan si no

nos preocupamos por entenderlos y, en buena medida, deshacernos de ellos.

Como la narrativa es un ejercicio de liberación y búsqueda por medio del lenguaje literario y también del lenguaje audiovisual, pues su continuo acercamiento es un llamado de atención que, a veces, logra potenciar el pensamiento consciente. Subrayo el “a veces” porque, aunque no es sencillo admitirlo, no vale leer o escribir mucho para que la mente en sí misma mejore sus dictados sobre el comportamiento. Qué bueno que así fuera, pero la historia está también repleta de casos en los que la erudición, la literatura y el saber demasiado, parecen fomentar maquiavélicas directrices. Sin embargo, es también muy especial el llamado de atención que se puede —y debe realizar— desde la comedia.

Antes de poner las señales de este punto, si la comprensión del pasado de las personas está sujeta a nuestros prejuicios, ¿cómo podríamos limitar el acecho continuo de éstos? Una de los modos más atractivos de limar esta reflexión, a mi juicio, está asentado, peculiarmente, en un juego de ficción. Su autor lo llamó el modo del “velo de ignorancia”. Pensarnos supone un esfuerzo adicional por “desconocernos”, al menos en lo que desconocernos representa para entender nuestra posición en el mundo, los valores con los que concebimos al otro y los defectos con los que, no sabemos, tendríamos que vivir para enfrentar la vida. Es una pesquisa muy intrigante sobre el ¿usted qué haría si no supiera quién es usted? Sobre el habitual marco de prejuicios y rasgos evolutivos casi caníbales se impone una reflexión un tanto angelical en la que nos debemos despojar de nuestros sesgos sin saber en qué casilla de la vida nos encontramos.

La validación del ejercicio no lo hace más sencillo. Piénsese usted por fuera de su raza, de su religión, de su idea de sexualidad, de, por decir lo menos, su lugar en el mundo, y aplíquese a diagnosticar cómo le gustaría ser tratado o cuáles serían las leyes que quisiera que lo defendieran. La connotación literaria de esta experiencia fascina.

Desconoceríamos nuestra historia y no tendríamos una comprensión mínima de lo que nos orienta la percepción de los demás. Imaginar cómo sería el mundo pasaría ser una suerte de novela de corte utópico y distópico por parejo. Cuando John Rawls alimentó estas reflexiones en su libro *Teoría de la justicia* (originalmente publicado en 1971) lo hacía para ampliar el debate traído desde el siglo diecisiete sobre el concepto de “estado de naturaleza” (idea sobre la que se ampara buena parte del desarrollo del conservadurismo y del liberalismo) y reflejar que el punto de inicio sobre la concepción del Estado político y la justicia estaba mal planteado. Aquí nos quedamos solamente con el factor determinante que supone pensarnos de un modo mucho más acorde con una ética que fomente la comprensión del otro y los prejuicios con los que los observamos.

Si realizamos este ejercicio, entenderíamos de una mejor manera que las discriminaciones y las inequidades enraizadas en tantos contextos sociales deben dar tanto rabia como risa. Desde dondequiera que esté usted leyendo estas líneas, querido lector, debe saber que si lo toman a mal en algún lugar no lo hacen por usted mismo, sino por cómo las determinaciones sobre el pasado suyo son tomadas casi que como si fueran la voz de Dios. Eso da rabia. Pero también está el llamado de atención de la risa que

todo esto puede generar y que se amplía como bálsamo para salud mental de un mundo que necesita mayores sonrisas.

¿Qué haría usted si fuera “negro”? ¿cómo viviría usted si fuera asumido como latinoamericano en una tierra de antiinmigrantes latinos?, ¿qué pensaría usted si se pusiera en los zapatos de alguien que se declara transexual? Y el ejercicio se puede extender aún más, pero supone una apertura a concebir el mundo y a las personas como mucho más de lo que nuestra mente cree que deberían ser.

Un fascinante ejercicio, en tono de comedia, realizó el comediante afronorteamericano Dave Chappelle en su serie de televisión *The Dave Chappelle's Show*. Él, “negro”, creó un personaje marcado por un singular “velo de ignorancia”. Este personaje se llama Clayton Bigsby y es un líder de su comunidad, además de autor de libros verdaderos éxitos entre sus seguidores. El particular velo de ignorancia consiste en que Clayton es ciego. Sí, un ciego afro, así como Stevie Wonder o el mismo Ray Charles. Pero para hacer más extrema y cómica la situación del personaje, Clayton es líder de los supremacistas blancos. Es decir, Bigsby es un hombre a quien su ceguera le impide ver que es negro y se asume a sí mismo en una posición superior gracias a su radical visión de las negritudes americanas.

¿De dónde surgió esta visión particular de su existencia? El personaje es así porque, huérfano, fue adoptado por una institución en la que todos los demás niños, ciegos también, fueron educados como blancos. Pero él era el único niño ciego negro. Su odio, que se nota en su lenguaje fuerte, de supremacista blanco, lo que subraya es la ironía y la irreverencia de Chappelle ante un fenómeno altamente descrito en la

historia de los Estados Unidos. Cuando Clayton Bigsby grita “White Power” con su brazo negro en alto, los blancos no saben cómo entenderlo. Solo unos pocos amigos saben que él es uno de los mejores líderes que puede tener un movimiento que, en sus capuchas y rituales, se parece mucho al KKK.

La magia de esta comedia es el modo único en el que pone a reflexionar sobre las actitudes irracionales en las que todos nos hemos visto envueltos al pensar en los otros, los que no son como nosotros, o también en cómo nos piensan cuando nos convertimos en esos “otros”. La facilidad con la que la raza atrae una serie de consideraciones gratuitas también permite que todos seamos propensos a autoengaños que nos hacen palidecer o desternillar. Cuando Clayton Bigsby se reviste con los hábitos casi monacales del KKK y se pone el capirote con forma de cono o cucurucho con agujeros para los ojos, da la impresión de que, quien habla con tanta potestad atacando a negros e inmigrantes, es el más puro de los blancos. Pero los espectadores sabemos lo que se oculta, y aunque por ello nos sintamos más pillos, lo cierto es que no somos más que el mismo amasijo de prejuicios ordenando lo que creemos debe habitar bajo cada vestimenta.

A MODO DE CONCLUSIÓN

En el habla cotidiana se suele hacer uso de expresiones como “¡Quién lo ve!”, “La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida”, “¡Quién iba a pensar que con esa pinta y sale con esas!”, “¡Definitivamente, nadie sabe lo de nadie!”, “¡Y éste ya peló el cobre!”, todas estas y más, para evidenciar que, cuando alguien se sale de la historia en la que lo concebíamos, un mundo se deshace en nuestra comprensión. Si las historias de los demás

se tejen en la mente de una manera tan sencilla, nos cuesta, duele y perturba creer que alguien pueda salirse del guion. En ese sentido, la realidad siempre superará a la ficción, pues en el trato cotidiano no es posible mantener todo en las rutas de lo verosímil y confiar en que todo toma rutas dulcemente establecidas. El absurdo siempre está en el camino. Si en una novela pasa cualquier cosa, como en la vida, pues la novela probablemente se cae de la retina y se deshace el vínculo que nos ata a su lectura. Con el deseo de hacer que la narración sea “como la vida misma” se ha respirado un tipo de energía expositiva, pero no es el mejor de los capítulos de la historia ni de la literatura ni del cine.

Aunque pensemos también coloquialmente, como tabla de salvación de la comprensión de los demás, que “el habito no hace al monje”, lo cierto es que nos guiamos tranquilamente por lo que percibimos del otro y esas primeras impresiones calan más profundo de lo que aceptamos creer. Pensemos solo en la historia personal —no nos distanciemos mucho de la sentencia monacal— de alguien a quien percibimos en sus hábitos de monje o de monja. Si vemos o leemos que el individuo o personaje lleva un revestimiento de tales características, no es difícil pensar que esa persona tiene un tipo de historia vocacional, de actitudes y costumbres que lo llevaron a definir su vida en la piedad y la misericordia. No nos saltamos esa cuota de comprensión del otro porque no es lo ideal en el trato humano. Pero sí, efectivamente cualquier cosa puede pasar: como que se trate de una fiesta de disfraces, de una obra de teatro, de una transgresora dinámica sexual, en fin; los juegos, en la realidad y en el arte, son parte de nuestros modos de aproximarnos al ser humano.

Mas lo normal es que confiemos en las historias personales. Una de las proyecciones más fascinante y escalofriante de ese fenómeno, en tal sentido, vino de la mano con uno de los casos más resonados de la vida cotidiana francesa y de uno de sus libros de su literatura más leídos en los últimos años. Se trata del caso de Jean-Claude Romand, el hombre que vivió una historia personal distinta a la que hizo creer a su entorno, y del texto (novela/crónica) *El adversario*, escrito por Emmanuel Carrère y publicado en el año 2000. Si en este ensayo he insistido en el poder de nuestra mente para dejarse llevar por las apariencias y construir rápidamente historias ajenas, en el caso de Romand y de Carrère nos vemos invitados a pagar el precio de lo que significa esa confianza. Si no nos gusta que nos mientan, seguramente vivimos en un mundo que continuamente nos va a generar grandes despechos; pero si, además, queremos asegurarnos de que los demás sean lo que sus títulos y papeles dicen ser, pues vale la pena que, por lo menos, personalmente cada uno reevalúe continuamente esa premisa. Nadie es lo que sus títulos detentan, ni sus doctorados ni sus viajes, ni sus relaciones. Y si bien el caso extremo de falsa identidad narrado en *El adversario* resulta *sui generis* no por ello podemos decir que se trate de algo alienígena.

La comprensión de nuestra propia historia siempre nos lleva a un camino difícil de asimilar: la tensión entre lo que realmente fuimos y lo que nos contamos sobre aquello que *creemos* fuimos; la ficción de ser alguien que no se es al acecho; el descubrimiento continuo de que los archivos de la mente contienen finos trazos de contaminación por la sensibilidad misma de la percepción; la transgresora evidencia de que

imaginamos ideas, características, historias sobre lo que son los demás y nos aferramos a esas “ficciones” con un fervor pavoroso; todo ello nos lleva a buscar, como medida de la formación del intelecto, la consolidación de una noble prudencia en el trato ajeno y la posibilidad de hacernos a un espacio realmente grato — mucho más indiscreto, mucho menos inocente— para ampliar el trato cotidiano con lo que llamamos “el otro” a la luz de la invención narrativa.

BIBLIOGRAFÍA

Carrère, Emmanuel (2000). *El adversario*. Traducción de Jaime Zulaika. Barcelona: Editorial Anagrama.

Coates, Ta-Nehisi (2018). *Entre el mundo y yo*. Traducción de Javier Calvo. Ciudad de México: Editorial Planeta Mexicana; Barcelona: Editorial Planeta.

Rawls, John (1995). *Teoría de la justicia*. Traducción de María Dolores González. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

West, Cornel (1994). *Race Matters*. New York: Vintage Books.

FILMOGRAFÍA Y TELEVISIÓN

Borowitz, Andy; Borowitz, Susan (1990-1996). *The Fresh Prince of Bel-Air*. (Serie de TV.) Estados Unidos: Quincy Jones, Quincy Jones-David Salzman Entertainment, The Stuffed Dog Company, NBC.

Chappelle, Dave; Brennan, Neal (2003 – 2006). *Chappelle's Show*. (Serie de TV.) Estados Unidos: Marobru Inc, Mobile Video Productions Inc, Pilot Boy Productions, Comedy Central.

Wilder, Billy (1957). *Witness for the Prosecution*. Estados Unidos: United Artists.